

# Ciclo de la noche

*Basilio Sánchez*

AL final de la calle,  
la última farola traza en medio de un círculo  
su representación de la piedad.

La noche, sin mirarnos,  
ha ido deshojando las ramas de los árboles,  
ha hecho caer las flores sobre un musgo invisible.  
Más allá de los árboles, al fondo,  
toda la oscuridad es una puerta  
que se cierra hacia dentro, una verdad sin ruido.

En medio de la calle nos movemos  
al compás de las sombras.

Va quedando a lo lejos la ciudad, también sus luces,  
un paisaje cubierto de estrellas accesibles,  
un firmamento acaso a la medida del hombre.

Nos duele sólo aquello  
que dejamos atrás, toda la vida  
que ha seguido viviendo a espaldas nuestras.  
Es un dolor tranquilo, nos decimos,  
una melancolía silenciosa,  
una de esas tristezas que se puede llevar en una mano.

Y el corazón lo sabe: la tristeza  
pesa más que la muerte, no se oculta,  
forma parte del agua de los ojos,

del agua de los labios,  
de las mismas palabras, está en su lentitud, en este roce  
suave de la hierba con la última sílaba.

Hemos andado mucho,  
hemos ido pasando poco a poco por todas las edades  
y a oscuras casi siempre, con nuestra media luz.

Cuando amanezca, dentro de unas horas,  
sabremos si la vida decidió perdonarnos.

DONDE el agua se espesa, una palabra  
que se queda en los labios es un hilo de nieve.

Donde la voz se pierde está el secreto  
de las manos del frío,  
de todas las pequeñas hojas cristalizadas.

Una estrella oscilante se detiene  
para la intimidad de la vigilia.  
La calle está mojada, el paseante  
va pisando la luna bajo la indiferencia de los árboles,  
bajo la indiferencia de una noche  
que ahora mismo se ordena  
sobre las previsiones de sus lámparas.

Como un faro en lo alto,  
la luz en la ventana de una mujer que duerme  
ilumina los ojos  
de otra mujer que, al borde de la cama,  
permanece despierta mientras crece  
la sombra de sus manos,  
su invisible soledad de otro mundo.

La herida del invierno te ha llevado a creer.

Para entrar en lo blanco, vas a necesitar el corazón.

EL rumor de los pasos  
en la casa vacía, ese murmullo  
de pared a pared que sobrevive al tiempo,  
que es casi metafísico,  
esa oración constante.

Esta ciudad que mide lo que mide una calle,  
este espacio infinito entre dos puertas,  
el círculo de luz bajo la llama  
que encendí hace un momento.

La habitación a solas,  
las cuartillas, la lámpara,  
todos los utensilios de los miniaturistas,  
esta vida que grabo poco a poco en el fondo  
paciente de una taza.

La luz que dilataba las pupilas,  
la que encendía el fuego  
de las habitaciones y temblaba  
sobre la superficie de los muebles,  
la que vivía en el sueño y en los cantos nocturnos.  
O la sed refractaria: el hombre solo  
en medio de un paisaje despojado de imágenes.

También el agua dulce,  
el ruido de las hojas sacudidas por el silencio,  
la humedad sin dolor que en las paredes  
va dejando la lluvia.

Estas manos que han sido sedentarias,  
hechas a la rutina de un único poema.